

"YO HE VENIDO A LLAMAR A LOS PECADORES"

Homilía de monseñor Carmelo Juan Giaquinta, arzobispo emérito de Resistencia, para el 10º domingo durante el año (8 junio 2008)

(Mt 9, 9-13).

I. "QUIERO MISERICORDIA, Y NO SACRIFICIOS"

1. El evangelista San Mateo, a continuación del Sermón del Monte, redacta dos capítulos, el ocho y el nueve, donde inserta una serie de hechos que muestran que el Reino de los Cielos, anunciado por Jesús, está en marcha. Así, diversas curaciones: el sirviente de un centurión romano, la suegra de Pedro, dos endemoniados, un paralítico, una mujer que sufre hemorragias, dos ciegos, un mudo. También, la tempestad calmada. Y, en especial, el perdón de los pecados al paralítico, y el llamado a un publicano a seguirlo. Esta última escena se proclama hoy.

2. Conocemos cuán despreciable era para los judíos la figura del publicano. Baste decir que era un sujeto que cobraba los impuestos para los romanos invasores de la tierra de Israel. Tarea que no siempre cumplía con buenos modales, pues, como es explicable, los judíos se resistían a pagar. Pero Jesús tiene el atrevimiento de llamar a Mateo, "*sentado a la mesa de recaudación de impuestos*" (Mt 9,9), para seguirlo en el grupo de los Doce. Y, para colmo, se sienta a la mesa con él, a donde acuden muchos otros publicanos y pecadores. La murmuración de parte de los fariseos observantes no tardó en estallar: "*¿Por qué su Maestro come con publicanos y pecadores?*" (v. 11).

3. La respuesta de Jesús tuvo que descolocar a los fariseos: "*No son los sanos los que tienen necesidad del médico, sino los enfermos*". Y a continuación cita al profeta Oseas 6,6: "*Vayan y aprendan qué significa: 'Yo quiero misericordia y no sacrificios (de animales)'*". Y concluye: "*Porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores*" (Mt 9,12-13).

4. Muy probablemente la respuesta de Jesús haya descolocado también a sus discípulos. El evangelista Lucas nos muestra que Santiago y Juan, dos de los principales discípulos, eran duros de corazón. "*Señor, ¿quieres que mandemos caer fuego del cielo para consumirlos?*" (Lc 9,54): fue lo que pensaron cuando los samaritanos le impidieron a Jesús pasar por su territorio porque se dirigía a Judea. Y seguramente les pareció que ese era un pensamiento muy piadoso. Los Evangelios muestran cuánto distaban los discípulos de tener los sentimientos de Jesús. A pesar de ser sus amigos, eran ambiciosos y pugnaban por el puesto más importante en el Reino de los Cielos. Y ante la prisión de Jesús fueron cobardes. Sin embargo, Jesús, el único Justo, los eligió no porque fuesen justos, sino para que fuesen justos y colaborasen con él en la santificación de la humanidad pecadora.

5. La actitud de Jesús ante los pecadores nos descoloca también a nosotros. En el corazón de todo ser humano hay siempre una cuota de dureza e intransigencia para con todo aquel que yerra o comete un delito. Lo condenamos sin remedio, como si ello nos hiciera sentir justos y exentos de convertirnos al Evangelio. Pero esa

actitud, en vez de acercarnos, nos aleja del corazón de Cristo y nos incapacita para ofrecer el don de la conversión al Evangelio.

II. RIGORISMO Y LAXISMO EN LA IGLESIA

6. Desde temprano, y a lo largo de la historia de la Iglesia, se han sucedido corrientes pastorales laxistas y rigoristas, que amplían o cierran el redil de Cristo a discreción. Laxistas, de manga ancha, como en la comunidad de los corintios, algunos de cuyos miembros, deformando la doctrina del Apóstol Pablo sobre la libertad que nos confiere Cristo, justificaban la fornicación. *"Todo me está permitido"* (1 Co 6,12), se decían, pensando quizá que, si bien el cuerpo pecaba, el espíritu permanecía santo.

Y también, corrientes rigoristas, de manga estrecha, que pregonaban la malicia de todo lo que fuese material o tuviese que ver con lo sexual. Así, la carta a los colosenses denuncia a algunos falsos ascetas, *"que tienen una cierta apariencia de sabiduría por su religiosidad, humildad y su desprecio por el cuerpo"* e inventan *"prohibiciones de no tomar, no comer, no tocar"* (Col 2,20-21.23). O la primera carta a Timoteo, que muestra a algunos *"que prohíben el matrimonio y el uso de alimentos"* (1 Tm 4,4). Poco tiempo después aparecieron los que pregonaban la imposibilidad de que algunos pecados fuesen perdonados, como el homicidio, el adulterio y la apostasía.

III. SABIDURÍA EVANGÉLICA PARA RESCATAR AL PECADOR

7. La contradicción de tendencias morales, que se daba en la primera Iglesia, se da también hoy, y acrecentada. Con esa contradicción sufren los fieles.

Para descubrir el camino a seguir, ¿no deberemos ponernos con el Evangelio en la mano a contemplar el corazón de Cristo? Éste es intransigente con el pecado, pero es acogedor con el pecador. Por rescatarlo es capaz de sentarse a la mesa con él. Como lo hizo con Mateo. Y no rehúye el trato con nadie. Como lo hizo con la mujer pecadora que lo fue a ver a casa del fariseo Simón. Como lo hizo con la samaritana, a la que le pidió de beber. Jesús siempre hace como el pastor, que tenía cien ovejas y se le perdió una: dejó a las noventa y nueve en el redil y salió en busca de la oveja perdida hasta encontrarla.

Mons. Carmelo Giaquinta, arzobispo emérito de Resistencia